

# La Luz del Porvenir

Gracia 20 de

Julio de 1893.

**PRECIOS DE SUSCRIPCION.**

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

**REDACCION Y ADMINISTRACION**

Plaza del Sol, 5, bajos,  
y calle del Cañón, 9, principal  
**SE PUBLICA LOS JUEVES**

**PUNTOS DE SUSCRIPCION**

En Lérida, Cármen 26, 3 En  
Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante,  
S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Un enemigo menos.—Horrible presentimiento.—Comunicaciones.—Pensamientos.

## UN ENEMIGO MENOS.

### I.

Hay muchísimas personas que le dan gran importancia á los sueños, y se han escrito varios libros tratando de dicho asunto, yo por mi parte, antes de estudiar el Espiritismo no me fijaba en las imágenes que veía en tanto que mis ojos se cerraban y mi cuerpo se entregaba al descanso; al despertarme no le concedía el más leve recuerdo á los cuadros de otra vida, (incomprensible entonces para mí): más una noche, siendo yo muy joven, casi una niña, me desperté sobresaltada, llamé á mi madre con voz angustiada, me refugié en sus brazos y lloré amargamente. Mi madre, como era natural, se alarmó y trató de enterarse que había soñado diciéndome:

—Pero criatura, no hagas caso de pesadillas que los sueños, sueños son!

—Es verdad, le dije temblando, pero este sueño es muy extraño, porque continúa: estoy viendo despierta lo que he visto dormida: ¡qué horror!.... ¡Dios mío!.... ¡qué horror!....

—Pero, ¿qué es ello?

—No lo sé; nada y mucho. Veo una calle muy ancha y muy larga, por un lado todo es muralla, por el otro hay casuchas de pobre apariencia; á gran distancia uno de otro hay unos faroles de tres cristales que forman un triángulo con una candileja dentro alimentada por aceite que dan una luz más triste que las tinieblas. Yo iba sola por esa calle como si me hubiese perdido, sintiendo una angustia inexplicable; de pronto una mano de hierro (tan dura era) me cogió por el brazo y me detuvo: volví la cabeza á ver quién me detenía y me encontré delante de una mesilla de zapatero que contenía varias herramientas; sentado en una banquetilla había un hombre de edad mediana, tan enjuto de carnes que parecía un esqueleto, su cabello enmarañado coronaba su frente y daba sombra á unos ojos tan grandes y tan abiertos, que yo no he visto otros que se le asemejen. Sin saber por qué la figura de aquel hombre me fué tan repulsiva que quise huir precipitadamente, pero.... mis pies no se movieron, di á mis miembros todo el empuje de mi voluntad más ¡ay! me quedé inmóvil y aquel hombre mirándome fijamente me atraía hacia él. Mi cuerpo se iba inclinando con lentitud hasta que su aliento abrasador se confundió con el mío; sus ojos lanzaban llamaradas de odio, no hablaba; pero yo leía en sus ojos todas las maldiciones que tiene la Iglesia romana en su terrible excomunión. ¡Qué angustia,

Dios mío!.... mientras más quería separarme, más cerca me encontraba de él y más miedo me infundían sus mudas imprecaciones. Comprendía mi tormento y se reía con una risa infernal, acercando su rostro más al mío. Yo quería cerrar los ojos, ¡imposible! sintiendo en ellos un dolor tan agudo, que me parecían que se me iban á saltar de las órbitas. ¿Cuánto tiempo sufrí aquel martirio? no lo sé; me he despertado y aun veo la calle con sus faroles, de luz agonizante, y la mesilla, y aquel hombre sentado junto á ella que me maldice con su mirada.

Mi madre hizo cuanto pudo por distraerme, y al fin me serené, me tranquilicé, pero de vez en cuando, al acostarme, volvía á ver el mismo cuadro y sufría horriblemente. Pasaron años y nunca el recuerdo de aquella visión se borró de mi mente.

Una noche de verano, estando con mi madre en la plaza del Duque, que era en aquella época el mejor paseo de Sevilla, vi junto á mí á una mujer anciana vestida de negro; parecía una momia, tan delgado era su cuerpo; me tocó en el hombro con su mano huesosa, me volví y tuve que ahogar un grito de espanto, tanto daño me hizo la mirada de aquella mujer, y más aun, que al mirarla, dije entre mí: Yo he visto esta cara. ¿Dónde? ¿cuándo? no lo sé, pero este semblante me recuerda algo confuso, algo muy desagradable perdido en la noche del tiempo.

La mujer, al ver que yo la miraba tan fijamente, se acercó más á mí, diciendo á media voz, la que fué aumentando hasta gritar:—¡Mírala!.... ya se la llevan, pero no la entierran como debían enterrarla, le falta la corona de rosas blancas y campanillas azules porque tú se la arrebatastes: ¡tú!.... y yo te quitaré la vida; á eso vengo ¡infame! ¡miserable ladrón de honras! y acompañando la acción á la palabra, extendió sus brazos como si tratara de estrangularme. Sus gritos y sus ademanes llamaron vivamente la atención de los paseantes, y varios caballeros se interpusieron entre la mujer y yo, diciéndome que no me asustara, que aquella infeliz estaba loca, y se escapaba de su casa continuamente; pero el susto ya lo había yo recibido, y tuve que retirarme del paseo acompañada de mi madre y de una familia muy amiga nuestra, porque aquella mujer, firme en su persecución, nos seguía de lejos, no encontrándose un agente de la autoridad que la sujetara.

Llegué á mi casa más muerta que viva, y aunque mi madre me decía:—Pero, mujer, no seas así: si esa infeliz está loca, nada tiene de extraño lo ocurrido.—Para tí no lo tendrá, para mí sí (le contesté tristemente); la cara de esa desventurada yo la he visto en alguna parte, y al verla, me hizo sufrir horriblemente.

—Muchacha, tú sí que estás demente (replicaba mi madre), tú no sales más que conmigo, yo no recuerdo ninguna escena violenta, desengáñate que estás soñando despierta.

—Es verdad, tienes razón; conservo en mi mente las reminiscencias de un sueño; el hombre aquel que tanto me impresionó y esta mujer, tienen un perfecto parecido, y ahora mismo, como si fueran figuras de linterna mágica, aparecen ante mí tan pronto aquel hombre que me maldecía sin hablar, como la pobre loca que me acusa de un crimen imaginario. Es inexplicable lo que siento, no me doy razón de esta semejanza prodigiosa entre dos seres que uno no existe y otro es real, pero los dos ¿cuánto daño me han hecho!

## II.

Transcurrieron los años, murió mi madre, me encontré sola en este mundo, y á pesar de tener tanto en qué pensar, muchas veces, al conciliar el sueño, veía el

cuadro de mi pesadilla inolvidable, y después la loca con los brazos extendidos sobre mi cabeza.

Al comenzar más tarde mis estudios espiritistas, no me quedó la menor duda que había visto en mis sueños á uno de mis mayores enemigos, y que éste indudablemente inspiró á la pobre loca el afán de perseguirme. Había yo sentido demasiado para que aquel horrible ensueño no tuviese su historia, aquel recuerdo constante tenía indudablemente su razón de ser; pero confieso ingénuamente que nunca me encontraba con valor suficiente para preguntarle á aquel espíritu por qué me odiaba. Como por el efecto se adivina la importancia de la causa, comprendía que aquella figura simbolizaba uno de los más grandes desaciertos de mi vida, y me encontraba muy débil para ponerme frente á frente de mi pasado. Por algunas comunicaciones más ó ménos alusivas á mis pasadas y borrascosas existencias, por dos sueños que tuve en los cuales vi á mi espíritu, reconociéndole á pesar de usar muy distinto traje y de pertenecer á otro sexo, no quedando satisfecha de haberme visto, sino muy al contrario, inspirándome profunda repulsión mi modo de ser y obrar, por todos estos datos, y por la intuición cada día más clara que tengo de mi ayer, comprendo perfectamente, que si no he cometido esos crímenes espantosos que la justicia humana castiga, levantando el patíbulo para el delincuente, en el terreno de la vida íntima, debo haber pecado mucho, llevando la intranquilidad y el desconsuelo á diversos hogares, mirando á mi familia con la más profunda indiferencia y el mayor desvío, cuando esta vez he carecido de ella, pues si bien mi madre me amó por sí sola cuanto pudieran haberme querido mi padre, mis abuelos y mis hermanos, cuando ella se *fué* ¡todo acabó para mí!.... que no basta la compasiva protección de las almas buenas, no es bastante el pan que se recibe dado por lástima, se necesita mucho más para vivir, hace falta ese desvelo, ese afán, ese cuidado en los menores detalles de la vida, de esa ternura no he disfrutado mas que el tiempo que mi madre estuvo en la Tierra; después.... la soledad íntima ha sido mi patrimonio; recuerdo que en un álbum puse el siguiente pensamiento:

“El amor es el Sol del alma. ¡Ay de las almas que se mueren de frío!....”

La mia, hace 33 años que esta tiritando: ¡qué agonía tan larga! agonía que me ha ido convenciendo de mi pequeñez, y como que mi espíritu se subleva contra sí mismo, por haber malgastado tanto tiempo, como á mí el padecimiento me exaspera me humilla y me quitaría la esperanza de mi redención, si no fuera porque continuamente escucho las comunicaciones de los espíritus; si no fuera por ellos, me parecería completamente imposible alcanzar mi rescate, y tener en un día más ó menos lejano, esas afecciones que llenan el alma, constituyendo indudablemente su felicidad y su progreso.

Así como los místicos de varias religiones, especialmente los de la religión católica, apostólica, romana, creen buenamente que mientras más plagas caen sobre ellos son más gratos á los ojos de Dios, yo, por el contrario, no creo que un cuerpo sin movimiento, ó unos miembros gangrenados, ó una piel cubierta de lepra, sea objeto de complacencia para el Ser Supremo; porque Dios sería cruel si gozara con el dolor de sus hijos. Para mí, los padecimientos físicos no engrandecen al espíritu, no le elevan, no le subliman, paga únicamente ojo por ojo y diente por diente hasta el último *cuadrante*. Me dirán que un enfermo ejercita la paciencia, y que es la paciencia una gran virtud, indudablemente que lo es; pero hay infinidad de medios para hacer uso de la resignación, sin necesidad de estar ciego, ó leproso. Las dolencias son un castigo, cuando la humanidad las sufre, se cumplirá una ley justa, esto es indudable, pero es una ley muy dolorosa que estaciona al espíritu; porque

éste no puede valerse de la máquina que necesita para su trabajo. Se dice desde tiempo inmemorial, que cuerpo sano, mente sana; aforismo que encierra una gran verdad, porque el espíritu está tan unido á su cuerpo, que cuando éste está enfermo, desciende al abismo del dolor, y allí se queda envuelto en la red del sufrimiento.

Los años han ido transcurriendo y mis recuerdos no me han abandonado; y cuando he visto al hombre de mi sueño y á la pobre loca que me quería matar, he dicho dirigiéndome al ser de ultratumba:

Creo que un solo espíritu es el que anima las dos figuras que una después de otra veo ante mí. La cuenta que me presentas me espanta, no hables, déjame, vete, tienes la eternidad para acercarte y hacerme sentir tu aliento abrasador, no me encuentro con fuerzas para escuchar tu relato; espera, como no puedo morir, no te quedarás sin cumplir tu deseo, y la sombra desaparecía al escuchar mis palabras; pero hace algunos meses, que obedeciendo no sé á qué causa, pienso continuamente en todos los acontecimientos de mi actual existencia desde mis primeros años; pero no á la ligera, no confusamente, sino con sus más leves detalles, recordando el lugar, la hora, y el día ó la noche en que este ó el otro suceso se verificó.

Como en mi encarnación actual han abundado mucho más las penas que las alegrías, estos recuerdos me fatigan, me angustian, me entristecen, me agobian; y tan constante es el recuerdo de mi pasado, que no he podido menos que reflexionar seriamente sobre este nuevo y pertinaz sufrimiento, mucho más, que no olvido los consejos del Padre Germán, que siempre me ha dicho:—“Nunca le preguntes á tu pasado, vence las contrariedades del presente y trata de ver la alborada de tu porvenir. No te entregues á la meditación, no reconstruyas en tu mente dónde pasó tu infancia. ¿Para qué? ¿para sufrir? el tiempo que se pierde en recordar, es mejor aprovechado en formar planes de trabajo beneficioso para uno mismo y para todos.”

Esto me ha dicho siempre el buen guía de mis tareas literarias; y á pesar de no echar en olvido tan útiles advertencias, los recuerdos de toda mi vida presente se agolpan á mi memoria, y el hombre de mi sueño se adelanta impaciente como si no quisiera esperar más tiempo. Mi espíritu, encontrándose más fuerte para la lucha, mira con menos temor á su pasado, y se decide por fin á comenzar el deslinde de los terrenos de su ayer, que hablando en sentido figurado, puede decirse que son tierras sembradas las unas de zarzas espinosas, y las otras de trigo, semilla productora que da el manjar más necesario para el sostenimiento de la vida. Las zarzas espinosas son mis vicios, la semilla productora, mis buenas obras, mis virtudes, el trabajo de mi espíritu, verificado ¡quién sabe en cuántos siglos! Recorrer ambos campos le es necesario al hombre cuando tiene valor suficiente para no amedrentarse ante el cúmulo de sus desaciertos y no llorar amargamente ante la insignificante suma de sus virtudes. Es preciso para hacer este exámen de conciencia, tener el profundo convencimiento, que dura la esclavitud del alma, todo el tiempo que duran sus vicios, y que no hay buena acción que no tenga su recompensa. Que no hay santos que no hayan sido antes pecadores, y que no hay criminal que no pueda ser mañana un modelo de virtudes. Hay que desterrar del ánimo la humillación del que se cree inferior á todos, y al mismo tiempo, la ciega confianza en la protección de tal ó cual santo, ó guía espiritual que le sacará á flote en las borrascas de la vida. Es indispensable hacerse cargo que nadie puede decir á otro:—Tú eres el más culpable de todos ó el más bueno y justo, porque cada espíritu es un mundo, y no hay explorador que en él descubra todo cuanto encierra; sólo una mirada podría penetrar en su fondo, la de Dios, y como Dios no necesita mirar para ver, las demás por profundas é intencionadas que sean, no descubren más que la superficie,

el juicio que forma un hombre, de otro hombre es á veces tan equivocado, tan absurdo, tan erróneo, que hay muchos que mueren ajusticiados bien inocentes del crimen que se les imputa, habiendo á veces cometido otros que han quedado envueltos en el misterio más impenetrable. Mi espíritu está muy disgustado de sí mismo, sin creerse un criminal incorregible, comprende que ha perdido un tiempo precioso. Verdad es que la consumación de los siglos no llegará nunca, que ante la eternidad de la vida, toda cifra que represente una cantidad, por unidades que ésta tenga, siempre resultará de un valor insignificante, junto á la serie de cantidades que sólo un matemático podría sumar, ¡Dios! pero el dolor, no hay que darle vueltas, dolor es; y el espíritu que se incline al bien, tiene la inmensa ventaja de no sufrir las consecuencias ineludibles del mal hecho á los demás.

En medio de mi descontento, reconozco en mí el vehementísimo deseo de progresar, no tengo grandes medios para ello, porque me falta el talento del sabio, la virtud del justo, la salud del fuerte y la riqueza del millonario, pero á pesar de carecer de lo más necesario para enseñar con la palabra y edificar con el ejemplo quiero salir de la esclavitud, quiero ser libre para ser grande, y como anhelo conquistar mi libertad, trabajo, y al trabajar me conquisto simpatías en la Tierra y en el espacio, donde tengo muchos seres amigos que me inspiran y me dicen:—Todo trabajo es útil; tanto vale el nido de las águilas á los que no llega la mirada del hombre, como el que hacen las hormigas debajo de tierra. En esta persuasión me atrevo á mirar frente á frente á mi pasado, y evocando al espíritu que desde mi niñez me persigue, le pregunto sin el tono humilde que degrada, ni la arrogancia del que no reconoce sus yerros, sino con la serenidad del que se encuentra dispuesto á pagar sus deudas: ¿Por qué me odia, por qué se complace en mi tormento?

Una sacudida violenta en todo mi ser, me indica que mi enemigo me envuelve con su fluido, pero á la sensación dolorosa que me produce su influencia, le sucede un profundo abatimiento, cesando el malestar, y tranquilamente dejo correr la pluma.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 que hace líneas de puntos suspensivos, después comienza el espíritu su relación.

### III

“¡Cuánto puede el tiempo! ¡cuán poderosa es su acción! ¡cuán eficaz su enseñanza! El tiempo es el regulador de la naturaleza y él ha regulado mis ideas, mis anhelos, y ha hecho de un desesperado, un ser, sino tranquilo, al menos resignado.”

“Soy uno de tus muchos enemigos, mejor dicho, lo he sido, porque hoy me alejaré de ti para siempre, para siempre se alejará mi odio; en cambio, no sé cuándo y en qué forma se reanudarán nuestras relaciones, pues estoy viendo (con el mayor asombro) que los enemigos más implacables se unen en la Tierra con los lazos más estrechos para borrar la mancha de los crímenes con el divino llanto del amor.”

“Te he odiado porque me arrebatastes la felicidad por medio de la traición más infame y la ingratitud más imperdonable: y durante algunos siglos me ha devorado la sed de la venganza que el tiempo ha saciado con tu expiación.”

“Antes de conocerte, yo era feliz, de condición humilde, vivía tranquilo en un rincón del mundo, una mujer hermosa, sencilla y buena llenaba mi hogar con su presencia y mi corazón con su amor, una niña preciosa de rubia cabellera, de blanca tez, de ojos azules (los ojos más hermosos que yo he visto en la Tierra), era

el nudo de aquel lazo bendito. Sus brazos no se enlazaban á mi cuello sin que á la vez no abrazara á su madre, y unidos de esta suerte vi transcurrir 17 años: ¡qué años tan felices!... ¡cuán pronto pasaron!... ¡con qué rapidez huyeron!... Ni la riqueza me proporcionaba sus goces superfluos, ni la pobreza la escasez de la miseria, mi trabajo bien retribuído y una pequeña renta que me daban algunas tierras, todo en junto sumaba lo suficiente para vivir con desahogo sin llegar á la abundancia. Mi casa verdaderamente era un cielo sin nubes, mi hija la alborada de un día sin noche, su madre, el Sol de aquel eterno día. Jamás en la Tierra habían estado unidas tres almas con lazos tan estrechos, era nuestra dicha completa en absoluto, porque no temíamos perderla; sencillos y confiados, no éramos avaros de nuestra felicidad, no la escondíamos á las miradas de los extraños, mi humilde tienda era el punto de reunión de todos los desocupados de la ciudad, como á la vez la hospedería de los peregrinos fatigados; lo mismo reposaba en mi hogar el rico que el pobre, el fraile de burdo sayal, que el trovador con su ropilla de terciopelo, el bufón con su traje de titiritero y el guerrero con su pesada armadura. Todos eran bien recibidos, porque un hombre feliz es benévolo, es confiado, lo ve todo bajo el prisma de su felicidad. La felicidad es semejante al Sol que siempre difunde sus rayos y con ellos luz y calor, y rayos de vida difundía la inefable dicha que reiraba en mi hogar.»

“Una noche, cuando ya me disponía á entregarme al descanso, sentí en la calle voces confusas y choque de aceros, después el ruido sordo que hace un cuerpo al caer en tierra, y sin pensar en lo que hacía, atendiendo únicamente á la compasión que sentía mi alma, abrí la puerta y vi á un hombre en el suelo que trataba de incorporarse, pero que sus esfuerzos eran vanos porque estaba gravemente herido. Conseguí arrastrarle suavemente hasta dejarlo dentro de mi tienda, cerré la puerta porque era tiempo de revueltas y asonadas, llamé á mi compañera, y Sara acudió presurosa seguida de Raquel, de nuestra hija del alma, los tres nos apresuramos á curar al herido que se desangraba por momentos. Sara y Raquel eran maestras en el arte de curar, y en aquella época de continuas escaramuzas políticas y religiosas era lo más común que los individuos de dos bandos se encontraran y probaran las excelencias de sus opiniones peleando con bravura. Más de un fugitivo me había pedido hospitalidad, más de un reo de Estado se había escondido en mi humilde vivienda; y en burlar á la justicia tenía yo un placer inmenso. En aquella época también había ortodoxos y librepensadores, yo era de estos últimos y me complacía en amparar á los que soñaban con las libertades patrias. No era hombre de acción para batirme en campo abierto, pero atendía á todo aquel que defendía mis ideales. En dos bandos estaban divididos los que luchaban por la patria y por la religión, los *Rojos* y los *Azules*, á estos últimos pertenecía yo en cuerpo y alma; el herido que entré en mi tienda llevaba en su jubón la escarapela azul, era mi hermano en ideas, era un miembro de mi gran familia, era un defensor de la libertad.»

“Le coloqué en un lecho y no le pregunté de dónde venía; víctima ó verdugo, era de los míos. Cuando pudo hablar, me contó que había roto los hierros de su prisión burlando la vigilancia de sus guardianes, que iba á reunirse con sus compañeros de armas y fatigas; cuando un pelotón de los *Rojos* le rodeó para acabar con su existencia, le creyeron muerto y huyeron de la ronda que les pidiera cuenta de su emboscada. Sara y Raquel se interesaron vivamente por el herido, porque era joven y hermoso, y porque se llamaba como un hermano mío que murió en nuestros brazos. Ludovico, que había sido el compañero de mi Raquel en sus primeros años.»

“Con una discreción á toda prueba, alejaron toda sospecha de que tuviéramos un

huésped tan peligroso, pues Ludovico era uno de los jefes revolucionarios de aquella época. Simpaticé con él por muchos motivos: más joven que yo, me parecía que había resucitado mi hermano más querido. Sara le encontraba un gran parecido y Raquel confesaba ingenuamente que creía que había vuelto el compañero de su niñez, que aunque de más edad que ella habían jugado juntos y Ludovico era como él, dócil, complaciente, cariñoso. ¡Cuán ciego fui que no ví el abismo que á mis pies se abría!„

“Ludovico salía por la noche á conferenciar con sus compañeros; una noche.... salió, salió .... ¡para no volver! Supe despues por uno de sus compañeros que se había marchado y que probablemente nunca más volvería por la antigua ciudad donde estuvo á punto de morir. Cerca de tres meses estuvo Ludovico en mi hogar, yo le quería con toda mi alma, su valor, su juventud, los ideales que inflamaban su mente eran los míos, de fácil palabra, atrevido en sus planes, de vida aventurera, me inspiraba esa admiración que se siente por todo aquello que uno no es capaz de llevar á cabo. Le creía un niño abandonado que sería un héroe del porvenir, sencillo en su trato, cariñoso y respetuoso; nunca pasó por mi mente la idea que Ludovico pudiera dejar tras de sí un reguero de lágrimas.„

“Mientras conservamos la esperanza que volvería nuestro querido huésped, Sara y Raquel no manifestaron toda la angustia que llenaba su corazón de amargura, pero cuando exclamé: ¡Qué ingrato ha sido!... ¡ya no volverá!... mi Raquel, la hija adorada de mi alma, el ángel que Dios me había enviado para que yo creyera que el Paraíso era una verdad, puesto que uno de sus habitantes estaba cerca de mí, la niña mimada que no había tenido más cuna que mis brazos, que me llamaba en sueños sonriendo como sonrían los bienaventurados, y me acariciaba despierta, que me encantaba con sus amorosísimas palabras, porque siempre me decía: Yo no quiero que te mueras porque sin tí... ¡yo no podría vivir! yo creo en Dios, porque solo Dios puede crear á un padre como tú!...„

“Pues bien, mi Raquel, al oirme decir ¡qué ingrato ha sido!... ¡ya no volverá!... tenía sus manos cruzadas sobre mi hombro y los ojos medio cerrados, los que abrió desmesuradamente, me miró sin ver, sus brazos se aflojaron y cayó como herida de un rayo. Sara y yo nos miramos espantados, cogimos á nuestra hija y nuestras lágrimas bañaron su semblante cadavérico. ¡Qué momentos! ¡qué horas tan horribles!... Raquel estaba como muerta, su cuerpo rígido, sus ojos cerrados, sorda á nuestros ruegos, permaneció muda mucho tiempo, ¡muchos días! Vinieron médicos y la ciencia se confesó impotente.—No está muerta, decían aquellos sabios, respira, pero mira y no ve, no habla, no oye.... Al fin una noche lanzó un grito, pronunció un nombre, pero ¡ay! ¡no nos llamó ni á su madre ni á mí!... llamó á Ludovico, se incorporó extendiendo sus brazos como si le buscara para estrecharle contra su corazón, dirigiéndole las frases más tiernas y más apasionadas. Sara, al escucharla, se levantó como una leona herida, y yo, sin poderme explicar la causa, la miré y cerré los ojos porque leí en su semblante lo más horrible, lo que no quería comprender, lo que constituiría mi mayor desgracia, ¡mi deshonra!...„

“No vi en el movimiento de Sara el dolor de la madre, vi por el contrario, el despecho, la ira de la mujer celosa y engañada; la cogí frenético y la dije:—¿Qué has hecho de mi nombre, desgraciada?... ahora no eres la madre llorando ante su hija, eres la rival de esa inocente. ¡Dímelo todo! ¡habla!... si no hablas, te mato, ¡habla!... dame tiempo para no dejar á nuestra hija sin madre. Sara me miró, se llevó las manos á la frente como si quisiera coordinar sus ideas, miró en torno suyo como si buscárá á alguien y exclamó en el colmo de la desesperación: ¡Maldito sea!!!...„

“La madre de mi hija, la mujer que desde niña me había querido con toda su alma, la que yo coroné de flores y la llevé ante un sacerdote para que bendijera nuestro amor, la que durante 17 años había hecho de mi casa un paraíso, perdió la razón; su confesión.... no pudo ser más explícita.”

“Raquel recobró el habla, la vista, el movimiento; refugiada en mis brazos, me contó que Ludovico le había jurado amarla eternamente, que ella le creyó y fué suya la víspera de su marcha.”

“Ver á su madre loca la desesperaba porque creía ser ella la causa de tan inmensa desventura; la deje en su creencia para que amara la memoria de su madre que sucumbió dos meses después llamando y maldiciendo á Ludovico.”

“A su debido tiempo, mi Raquel dió á luz un niño muerto, y ella se fué tras él, diciéndome al morir:—Perdona á Ludovico como yo le perdono.”

“Los ángeles perdonan, los hombres odian, y en la tumba de Sara y de Raquel juré odiar eternamente al que con tan negra ingratitud pagó mi franca hospitalidad y la ciega confianza que me inspiró.”

“El resto de aquella existencia lo empleé en perseguir á Ludovico, que siempre la fatalidad alejó de mí: y en mis últimos momentos dije: Si hay Dios, si hay otra vida, juro que iré al infierno á buscar al miserable que me robó tan villanamente mi felicidad.”

“Cuando me desperté en el espacio, cuando me convencí que la vida era eterna, ¡tuve un placer inmenso, inexplicable! porque podía perseguir eternamente al infame que me había hecho tan desgraciado.”

“A Sara la ví siempre desde muy lejos, á mi Raquel no la veía, pero oía su voz que llegaba hasta mí, diciéndome dulcemente: Perdona como yo perdoné. Pero yo no podía perdonar, mientras más tiempo pasaba, el veneno del odio más fermentaba en mi corazón y le hice todo el daño que pude al que me hundió en el abismo de la más horrenda desesperación. La voz de Raquel me decía siempre perdona, pero me era imposible, no estaba en mí, mi odio era superior á todo. Raquel me decía: Al crimen sigue la expiación, compadécele, ¡tiene que llorar tanto! ¡desdichado de él!”

“Al fin, ¡oh placer!... me ví cerca de Ludovico, supe que volvía á la Tierra con la hoga del ajusticiado; pues animaría con su aliento el débil cuerpo de una mujer; y como buitre ansioso me coloqué junto á la cuna de una pobre niña que iba á cruzar el mundo como lo cruzan las hojas secas. Sí Amalia, no te he abandonado un solo instante... pero... no estabas sola, te rodeaban espíritus amigos y cuando tu madre dejó ese mundo, te envolvió con su fluido y con su amor, siendo su voluntad tan potente, que tenía que contentarme con enviarte el efluvio de mi odio desde una distancia inmensa.”

“Tanto has llorado, tanto has sufrido, tan sola y desamparada te has visto, tan desventurada has sido en todas tus afecciones, tan íntima, tan profunda, tan desconsoladora es la soledad de tu alma, tantísima sed tienes de cariño y tan secas están las fuentes á donde acudes, pues por mucha agua que tengan, cuando tú llegas, no encuentras ni una gota para tí, que al ver la incesante lucha que has sostenido con la miseria, con la amenaza terrible de quedarte ciega, con la incertidumbre que te atormenta de no saber cómo acabarás tu existencia, luchando por el sostenimiento de tu vida en medio de innumerables contrariedades, de esas que más hieren, que más á fondo penetran, ¡Tú!.. espíritu aventurero, amigo del placer sin encontrar á



sus antojos valla, acostumbrado sino precisamente á la riqueza y á la opulencia, en cambio sí á la independencia y á la abundancia que reina entre aquellos que no se preocupan del porvenir, que viven sin calcular, hoy trabajas y tu trabajo no te da lo suficiente para vivir, y eres uno de tantos mendigos disfrazados que constantemente tienen que pedir el pan de cada día, y con esto, ¡cuánto sufres!... Tan acerbo es tu sufrimiento, tan humillado se encuentra tu espíritu, que si no fuera porque te rodean tus protectores del espacio, inclinarías la cabeza pidiéndole á Dios fervorosamente que te concediera el sueño eterno; tanto te asusta la continuación de la vida que quisieras dejar de ser. El tormento de tu actual existencia, parecido á la gota de agua que si cae continuamente, horada la piedra, ha horadado la roca de mi odio, y si en tu niñez me acerqué á ti, para dejar en tu mente un recuerdo terrorífico, imperecedero, y si en tu juventud inspiré á una pobre demente (que me sirvió de medium) para hacer llegar mi voz hasta ti y entonces gozaba en hacerte sufrir, con marchitar todas tus ilusiones y truncar todas tus esperanzas, con el transcurso del tiempo se ha ido extinguiendo el fuego de mi odio. Cuando he visto desaparecer tu juventud sin haberte creado una familia, cuando la nieve de los años deja caer sus copos sobre tus cabellos, cuando ya para ti no hay esperanza de gozar las dulzuras de la maternidad, y al mirar tu pasado, tienen que llenarse tus ojos de lágrimas, cuando la Tierra ya no puede darte más que hojas secas, cuando tu cuerpo decae y crees que en todas partes estorbas, cuando tu dolor es más inmenso porque tienes la certidumbre de haber cometido innumerables villanías, el agua de tu llanto ha sido tanta, que ha conseguido apagar la hoguera de mi odio, y en prueba de ello te he dado mi franca comunicación para despedirme de ti. No me encuentro aún con la generosidad suficiente para devolverte bien por mal, pero me alejo de ti entristecido y fatigado.»

“Raquel, en cambio, está muy cerca de tu madre, y como ella te alienta y te dice amorosamente: Avanza, no desfallezcas, no te humille la culpa, que ésta se borra difundiendo la luz de las verdades eternas. No hagas propósitos de enmienda cruzándote de brazos y asustándote de tu pequeñez, que el arrepentido que no trabaja es un espíritu cobarde, sin dignidad, que hipócritamente se degrada. Quien mucho ha pecado es el que está más obligado á trabajar, á buscar su regeneración en la práctica de las virtudes. Si no le quieren los justos, le querrán los pecadores; si le desdennan los ricos, le acogerán los pobres; si no le atienden los sabios, le buscarán los ignorantes; cuando el espíritu quiere trabajar, hasta en los desiertos parece que brotan generaciones espontáneas que le dicen:—¡Habla! conviértete en maestro, que millones de discípulos aguardan tus enseñanzas y esperan tus instrucciones.”

“Esto te dicen tu madre, Raquel, y otros espíritus cuya misión es servir de guía á los desterrados en los mundos de expiación.”

“Adios, Amalia; tu existencia expiatoria no ha sido estéril; verdad es que los pequeños no te han dicho madre, pero ya te lo dicen los que lloran, y sobre todo, en la continuación de tu eterna vida tienes un enemigo menos; y tú no sabes aún lo que esto significa; porque un enemigo implacable se adquiere en un momento de extravío, y á veces para extinguir su odio, no bastan millones de siglos.”

“Alégrate pobre espíritu, y di con la satisfacción del obrero que ha ganado á conciencia el jornal de una semana: ¡Gracias Dios mío! ¡Gracias buenos espíritus! aquellos que me inspiráis, que me alentáis, que me allanáis el camino del progreso, porque por vuestras enseñanzas y consejos tengo... ¡un enemigo menos!...”

· · · · ·  
· · · · ·  
· · · · ·

## IV.

Al concluir el anterior relato parece que me quitan de la cabeza un casco de hierro candente; ¡cuánto he sufrido al escribir esta comunicación! ha habido momentos que he dejado la pluma y he pensado no concluirla, he buscado distracción, pero al llegar la noche escuchaba una voz que me decía: Llega hasta el fin.... que no hay trabajo sin recompensa, y en verdad que mi sufrimiento me ha proporcionado despues un goce que yo no podia esperar. ¿Qué mayor placer para un espíritu del temple del mio, que adquirir la certidumbre de tener un enemigo menos? ¡Yo que sólo anhelo ser querida! Yo, que quisiera poseer riquezas fabulosas para levantar ciudades higiénicas con casas modelo, y que en ellas habitaran los que hoy *viven muriendo* en tugurios insalubres!.... ¡Yo que crearia Casas de Salud para ancianos desvalidos donde madres de familia se encargaran de alegrar sus últimos dias! Yo que levantaría magníficos edificios rodeados de hermosos jardines, para que los niños vigilados por buenos profesores pasaran horas felices en medio de las flores, de las aves, de lo más bello, de lo más encantador que nos ofrece la pródiga naturaleza!.... Y todo esto lo haria, para obtener en premio de mis afanes y desvelos una caricia de los niños y una mirada afectuosa de los ancianos. Ser amado!.... no concibo mayor felicidad. He aqui la razón por que al saber que uno de mis enemigos deja de odiarme y comienza á compadecerme, siente mi alma, no esa alegría ruidosa de las efímeras dichas de la Tierra, sino ese goce íntimo, profundo, inexplicable que se apodera del espíritu cuando despues de trabajar mucho tiempo hondos surcos en la tierra endurecida, esta le ofrece los tesoros inapreciables de la fecundidad que guarda en sus entrañas, diciendo las flores que preceden al fruto: —Dame sana semilla, que yo te daré ¡el pan de la vida!

Pan ha encontrado mi espíritu que hambriento de progreso y sediento de amor trabajará cuanto le sea posible no con la esperanza de ser amado ahora; mas si con el íntimo y racional convencimiento, que cuando no tenga enemigos implacables, brillará en el cielo de mi vida ¡el Sol de la felicidad!

AMALIA DOMINGO SOLER.

---

## HORRIBLE PRESENTIMIENTO

---

Enemiga del materialismo, desde tierna edad mi mente se abisma en todo aquello que niega la nada y proclama otra vida, por eso dije un día en LA LUZ DEL PORVENIR que mis presentimientos eran los cimientos que sostenían mis creencias. Hoy, al hablar de mi último, no es para desahogar ninguna pena, pero como todo lo favorable al Espiritismo debe decirse, hablaré por segunda vez de mis presentimientos.

Mi existencia ha sido una tempestad continua, la bonanza ha pasado tan rápida, que antes de aperebirla se ha desvanecido siempre. Hace un año que vivo sino feliz, bastante tranquila. Acostumbrada al sufrimiento he aprendido de contentarme con tan poco que si bien es mi trabajo excesivo, mi presente se desliza en apacible calma y sin impacientes deseos. Esa tranquilidad hace algunos días fué interrumpida. Sentí un malestar inexplicable, mi mente se llenó de temores, temí que nueva borrasca me hiriese, no pensé peligrase la vida de mi esposo, pero temí por mis hijos. Si les sucediera alguna desgracia; me dije. Un extraño sobresalto se apoderó de mí, al menor ruido un ¡ay! exhalaban mis

labios. Cuando mi hija salía para ir al colegio la besaba diciéndole con temor: Por Dios hija mía, vigila mucho, ten cuidado no te atropelle un coche. ¡Dios nos libre de semejante desgracia! Mi deseo era acompañarla, pero no quise explicar lo que pasaba en mi interior porque habría pasado por visionaria. Mi hijo tenía la costumbre de jugar en un pequeño patio que hay cerca del comedor, y sin saber por qué, como impulsada por un resorte, á menudo dejaba mi trabajo para ir en su busca, gritando exaltada:—Ricardo, Ricardo, ¿qué haces?

El niño salía á mi encuentro diciendo admirado:—Juego.

Si mientras duró tan extraño sobresalto, hubiese recordado pasados presentimientos, no habría dudado eran nulas todas las precauciones que tomaba para evadirme de los temores que me asaltaban.

El día catorce del actual una gran tristeza se apoderó de mí, quise desvanecerla escribiendo, pero nada podía contener los suspiros que salían de mis labios sin poder explicar la causa. A las seis y cuarto de la tarde, viendo muy contentos á mis hijos recobré la calma, y no obstante en aquel momento se estaba preparando la realización de mis presentidos temores. Un joven y una joven desde un balcón del primer piso cometían la imprudencia, sin avisarnos, de trasladar al terrado una caja de grandes dimensiones. Mi hijo en aquel momento se separó de mi lado, dirigiéndose á el patio. La caja resbaló de las manos de la joven, ví el peligro que corría mi hijo y lancé un grito de espanto que fué contestado por otro de su padre; ambos con la rapidez que presta la desesperación corrimos para salvarle pero ya era tarde. La caja dió tan fuerte empuje al niño que haciendo chocar su cabeza contra la pared, cayó luego cubriendo parte de su cuerpo. Por breves momentos una nube oscureció mi vista. Mi hijo fué recogido por su padre, lo examinamos con ansiedad sin encontrarle heridas graves, pero el rosado color de la salud se había transformado en amorotado, sus ojos hacía un momento llenos de vida, estaban hundidos y medio cerrados; muy débiles eran sus gemidos, haciendo augurar un fatal desenlace. Cuando la ciencia acudió para prestarle sus auxilios habia empeorado notablemente, bañado en frio sudor, era insensible á cuanto le rodeaba. El médico nos dijo: Es tan grave su estado que temo sean inútiles todos los auxilios por pronto y enérgicos que sean. ¡Qué golpe más terrible! ¡cuarenta y ocho horas de angustia y sobresalto! Entonces me expliqué el porqué de mi sobresalto. ¡Con qué afán pedí á Dios salvase su vida!

Por fin el niño salió de aquel estupor que parecía mensajero de la muerte y llamándome me dijo: Ahora si que pronto estaré bueno, y abrazando mi cuello me dió un beso, que yo correspondí con delirante alegría, porque sus palabras me dieron un rayo de esperanza. Desde entonces el niño ha ido mejorando. Su pálida tez revela el pasado peligro, pero sus ojos han recobrado su natural viveza. ¡Cuánto bendigo á Dios! Mi resignación para soportar las tribulaciones de la vida es muy grande, pero ante los sufrimientos de mis hijos, soy débil, la idea de que ellos se vayan y yo me quede me horroriza. El Espiritismo es mi consuelo, pero aún no he llegado tan alto para despojar el espíritu de la materia, y mirar con serenidad esa transformación que llamamos muerte, tan necesaria para nuestro progreso. Si desgraciadamente el niño hubiese muerto, ni materialistas, ni católicos habrían calmado mi dolor, porque la nada me aterra, el cielo contemplativo del catolicismo mi razón lo niega, solo la lógica espiritista podía explicar el por qué de mi desgracia, solo en la soledad recordando mis presentimientos, se habrían fortalecido mis creencias dando calma á mi profundo desconsuelo.

24 Junio

ANTONIA PAGÉS

## COMUNICACIONES.

### LA VIRTUD. - LA CIENCIA. - EL PROGRESO

#### YO SOY LA VIRTUD.

¡Soy una doncella llena de amargura! ¡Me presento á la humanidad, y ella me desampara! No me ocupo de otras cosas que de aquellas que proporcionan el bienestar de todos, y todos me miran con desprecio! ¡No soy la mujer que olvida al hombre después de haber conseguido su triunfo; yo le acompaño siempre, prodigándole, en sus momentos de mayores angustias, consuelos que le hacen olvidar sus penas! ¡No quiero que me amen; quiero sólo que me estimen! más aun: no quiero que me estimen; sólo quiero que me oigan.

#### YO SOY LA CIENCIA

Soy muy grande, más grande que el mundo, pues que abarco todo lo existente y por existir. Miro á todas partes, y en todas encuentro mi mano: lo mismo en las más pequeñas cosas que en las más gigantescas. Lo soy todo, no soy nada. Lo soy todo porque todo á mí está sujeto. No soy nada porque sin Dios nada se haría.

#### YO SOY EL PROGRESO.

Soy el viajero que no descansa nunca. Soy el amigo más verdadero que tener puede la criatura. Sólo vuelvo la vista á mi ya recorrido camino cuando me es imprescindible necesario, para continuarlo sin tropiezo. Llevo recorrida mucha distancia; mas aun me falta otra tanta por recorrer. Vengo del infinito. Voy al infinito. Mi camino es infinito. Mi ser es infinito. Mi todo es infinito. Soy muy grande. Soy muy pequeño. No tengo valor determinado; sólo, sí, un valor pasajero. No puedo decir «valgo tanto», solo sí «valí tanto.» En cada instante que paso me transformo. Soy, en fin, una ley de variación como las de vuestro Cálculo Infinitesimal.

J. D. de H.

#### ¿POR QUÉ AMO Á DIOS?

Amo á *Dios* porque *Dios* me hizo. Amo á *Dios* porque *Dios* es bueno. Amo á *Dios* porque *Dios* es justo. Amo á *Dios* porque *Dios* me comprende. Amo á *Dios* porque *Dios* es uno. Amo á *Dios* porque *Dios* es *Dios*.

J. D. de H.

#### PENSAMIENTOS

- ¿Qué es despertar en el espacio? es despertar después de un día de fatiga.
- Alma sin felicidad, es luz sin calor.
- Un alma en la tierra, es un volcán de proyectos
- El que no ama á Dios, no ama al prójimo.